
ANDREINA.

I

El comandante Rivlière.

José Fouché, duque de Otranto, ministro de policía general y ministro interino de Gobernación, ó sea del Interior en Francia, estaba muy ocupado durante el verano de 1809, mientras el emperador, entregado á sus operaciones sobre el Danubio, libraba con el Austria aquellos terribles combates que debia llamarse en la historia Essling y Wagram.

Paris mismo, habia atravesado largos dias de angustia despues de la batalla del 22 de mayo, que poco faltó para que se cambiara en terrible derrota para el ejército francés. Dia sangriento y dudoso, que los partes de Napoleon celebraban bajo el nombre de Essling, mientras que los austriacos se atribuian la victoria adornándola con el nombre de Aspern.

En realidad, Napoleon se hallaba al dia si-

guiente de aquella batalla reducido á esperar socorros ó mandar que, de Italia, fuera el ejército del príncipe Eugenio y de la Iliria el cuerpo que mandaba el general Marmont. En el momento preciso del combate, Napoleon habia perdido por un instante su sangre fria acostumbrada, y, si no hubiese sido por Massena, el ejército se hubiera visto enteramente comprometido.

Todo esto se sabia en Paris, como se saben generalmente todas las cosas desagradables por vagos rumores, y noticias exageradas que se dan en voz baja y se aumentan al pasar de boca en boca. El ministro de policia se esforzaba en ocultar la verdad á la poblacion realmente alarmada. Publicaba gran profusion de boletines de victorias que enviaba Napoleon, y los optimistas hacian observar que el emperador no tenia la costumbre de proclamarse victorioso cuando no lo era.

—¡Eso únicamente es propio—decian—de los austríacos y los rusos!

A lo que contestaban los pesimistas:

—Lo que es cierto es que han matado al mariscal Lannes, que hemos tenidos 8000 muertos, que se han recogido en nuestras filas 18000 heridos, de los cuales más de 500 eran oficiales. ¡Qué carniceria! Y léase bien el *Boletín* de Bonaparte; él mismo declara que no ha podido aprovecharse de la victoria y acusa de ello, ¿á quien? al *General Danubio*, el mejor oficial del Austria, que se ha llevado un puente construido por nuestros soldados. Cuando un general se vé reducido á achacar sus faltas personales y

sus fracasos á los elementos, es evidente que se halla muy comprometido.

Poco faltó, en efecto, para que el desenlace que esperaba al imperio de Napoleon I, tuviera lugar algunos años ántes de 1815. Más de una vez, aquella formidable máquina gubernamental estuvo á punto de descomponerse por una simple paja, y Napoleon comprendia tan perfectamente la debilidad real de su poder, tan inquebrantable en apariencia, que se inquietaba de todo, de un pedazo de papel impreso ó de una palabra un poco fuerte del más simple capitán de su ejército. Véíasele, en medio mismo de sus tropas, llamar á Savary, encargaño de la policia secreta del ejército, para interrogarle sobre las tendencias generales de los soldados.

La misteriosa asociacion militar de los *Filadelfos*, reunión secreta de hombres valientes y resueltos, enemigos del imperio, republicanos de corazón, pero dispuestos á olvidar su odio cuando se trataba de sacrificarse por la Francia, aquella sociedad, ménos poderosa de lo que se la creia, pero, sin embargo, sólida, asustaba al emperador. Veia realmente en ella el espectro de la muerta república.

Cuando el glorioso fracaso de Essling obligó al ejército á acantonarse en la isla de Lobau, todos los partes que Napoleón dirigió á Fouché, durante los cuarenta y cinco dias siguientes, decian poco más ó ménos lo mismo: «*Paciencia, todo cambiará pronto,*» y confidencialmente: «*Obrad enérgicamente contra los complots.*»

Todo cuanto en París existía de hostil al imperio, se agitaba vivamente y el espíritu público estaba irritado al fin contra la ambición belicosa que tanta sangre costaba al país. El arrabal Saint-Germain, apaciguado por un momento, se había agriado de nuevo y sus nobles ancianas, enseñaban unos dientes que ya no tenían y en la Vendée se habían manifestado ya algunos síntomas de sublevación. Los republicanos estaban dispuestos a combatir si era preciso, y Fouché no sabía ya á dónde atender.

No contamos en esto, á los ingleses que amenazaban el Escaut, á la Bélgica que había que proteger y el escándalo del rapto del Papa en Savone. Estos acontecimientos son del dominio de la Historia. Unicamente el drama íntimo que marcó este periodo agitado é inquieto, es lo que pertenece á nuestro relato.

Fouché se levantó una mañana de junio de peor humor que de costumbre. La situación ya bastante sombría se había agravado. El ministro de Policía había hecho prender la noche anterior á un antiguo comandante de dragones, retirado por sus opiniones políticas y comprometido bajo el consulado en una conspiración militar que la policía descubrió fingiendo tomar parte en ella. El comandante Riviere, según afirmaban los partes entregados á José Fouché, era, si nó el jefe, por lo ménos el tesorero de una asociación de hombres muy decididos á combatir, y que, hasta en el ejército del Danubio, tenían serias ramificaciones.

Fouché al principio se había encogido de

hombros al leer aquellos partes de la policía; conocía demasiado las exageraciones, amenudo novelescas, que nacían en los cerebros de algunos agentes ansiosos de mostrar celo; pero los despachos del emperador eran tan urgentes, dejaban adivinar tal perplejidad é inquietud, que el ministro ordenó una inspección de la policía en la casa del comandante, que vivía en la calle Montmartre.

En aquella orden iba incluida también la de prender al señor Riviere.

—Lo hareis de noche—había dicho Fouché.—Es más prudente.

Detenido á la una de la madrugada, el comandante Riviere fué llevado á la prefectura, mientras los agentes entregaban al secretario particular del ministro de policía los papeles cogidos en casa del antiguo oficial.

El secretario, como auxiliar adicto, no había querido despertar al ministro, pero había sacrificado la noche entera en aquel trabajo de revisión de papeles.

Fouché, cuando se levantó, encontró al secretario todavía en su tarea, inclinado sobre los legajos que acababa de clasificar.

—¿Y bien?—dijo.—¿Hay algo de interesante, Bernier, en esos papeles?

El señor Bernier levantó la cabeza, incorporóse ligeramente sobre su silla para saludar al ministro y repuso con una sonrisa llena de malicia:

—Su excelencia juzgará.

—¡Ah, bah!—dijo Fouché frunciendo las cejas—¿es que realmente...

No acabó la frase; sentóse con un movimiento bastante brusco, enfrente de su secretario, al otro lado de una gran mesa cargada de papeles, y cogiendo un legajo al azar:

—Veamos qué es esto—dijo.

—¿Eso? Nada—contestó el secretario.—Pero aquí hay algo que podrá enterar mejor á su excelencia.

Y empujó hácia Fouché un paquete de cartas de diversas letras.

El ministro las examinó rápidamente, con esa ojeada de las gentes acostumbradas á estudiar pronto un documento y á extraerle, por decirlo así, el jugo de un golpe.

—No tienen firma—se dijo;—pero no cabe duda alguna que estas líneas misteriosas revelan una oculta asociacion. Esos nombres que aquí veo de *Filopemen*, *Harmodius*, *Varus*, *Caton*, ¿qué pueden ser sino seudónimos de conspiradores? Pronto averiguaremos qué rostros ocultan esas caretas antiguas; ¡Filopemen! ¿No se van á curar nunca de la manía de vestir con trajes griegos ó romanos á gentes que nos codean todos los dias?

En la boca del duque de Otranto, el se significaba evidentemente, los jacobinos, á quienes despreciaba un poco por no haber sabido recoger algun ducado en la refriega, despues de haber votado, como aquel duque de ayer, la muerte del rey.

—Yo mismo interrogaré al comandante—dijo

el ministro colocando el legajo sobre la mesa.

La sonrisa del secretario se hizo indiscreta bajo su estudiada discrecion.

Fouché, á quien nada se le escapaba, lo notó.

—¿Hay algo más?—preguntó.

—Nada. Solo que tambien creo que su excelencia debe conducir en persona ese asunto, porque es complejo... y...

—¿Y qué?

—¡Y picante!

El Sr. Bernier habia dado entonces á su sonrisa la expresion particular que toman los hombres cuando, á los postres, hablan de historias femeninas.

—Vamos—dijo el duque de Otranto,—¿no se trata únicamente de politica?

—¿Quién es ella?—dijo con su eterna sonrisa el secretario, que citaba con evidente p'acer al gran polizonte, señor de Sartine.

—¿Una mujer?... Lo esperaba—exclamó Fouché;—pero, ¿qué tiene que ver con *Harmodius* ó *Caton*?

—¡El comandante Riviere es casado!

—¿Y bien?

—¡Y bien! Su excelencia podrá ver que el asunto político va en esta ocasion á la par con un pequeño drama íntimo bastante vulgar... y bastante frecuente....

—¿La señora Riviere?....

El secretario no contestó, pero siguió sonriendo.

—Si no es útil mezclar á una mujer en la causa—dijo Fouché con aparente seriedad,—no

lo hareis. Bernier, ¿me habeis comprendido?

—Tanto comprendo al señor ministro, que no me habria permitido el indicar la parte... picante, lo repito... ó irónica, si su excelencia lo prefirere... del asunto, si la señora Riviere no estuviese directamente mezclada en la causa por...

—¿Por quién?

—Por la tercera persona, excelentísimo señor,—acabó diciendo Bernier sin dejar de sonreír.

Entonces, José Fouché se interesó en la cuestión, y hubo tanta curiosidad de hombre como interés de ministro en el apresuramiento con que se puso á ojear el legajo Riviere.

Bernier había alargado á su excelencia los papeles particulares á que había hecho anteriormente alusion y mientras el ministro se enteraba de ellos, el secretario leía con evidente satisfaccion en el rostro, bastante impenetrable sin embargo de Fouché, todos los pensamientos que se le ocurrían al jefe de la policia general.

Al cabo de un momento Fouché se levantó.

—Teniais razon, Bernier,—dijo bruscamente.

—Es muy desagradable ocuparse de semejantes asuntos, pero creo que es completamente imposible, pasar en silencio esos... documentos.

Estuvo buscando un instante su última palabra.

—Dentro de una hora hareis que me traigan al comandante Riviere. De aquí á entonces, habré repasado todos los papeles cogidos, y quie-

ro interrogar yo mismo á ese hombre. Dentro de una hora; ¿me habeis entendido, Bernier?

—¡Si, excelentísimo señor!

Fouché tenia la costumbre de llevar las cosas muy de prisa. Mientras almorzaba estudió los legajos que el secretario habia ordenado cuidadosamente; y cuando el comandante Riviere fué conducido á la presencia del ministro de policia general, el duque de Otranto conocia exacta y detalladamente el asunto.

El comandante Riviere se presentó delante de Fouché en una actitud digna y firme al mismo tiempo. El ministro, que estaba sentado y con los ojos inclinados sobre los legajos, dió tiempo á los agentes que conducian al militar para acompañarle hasta al lado de la mesa en que su excelencia apoyaba los codos.

Fouché levantó entonces la cabeza.

Examinó con una ojeada, desde la cabeza á los pies, al comandante Riviere, tratando quizás de recordar si habria visto alguna vez á aquel hombre.

El prisionero le era absolutamente desconocido.

Era un hombre de elevada estatura, vestido con la levita larga y abrochada que suelen usar los oficiales cuando van en traje de paisano.

Aquella levita le caía hasta más abajo de las rodillas y apenas dejaba entrever los forros amarillos de sus botas altas, cuyos pesados tacones conservaban todavía las huellas de las espuelas. Un cuello de seda negra, con borde de piel, encerraba el pescuezo robusto y tostado

por el sol, sobre el que se elevaba altiva, sin ser orgullosa, una cabeza morena, de mirada franca, nariz pronunciada sin exageracion, cabellos crespos, bigote afeitado y pobladas patillas, según las ordenanzas militares de 1807; una fisonomía, en fin, bastante sombría, cuando una ligera sonrisa no la hacia ménos austera.

Aquel hombre no debia haber llegado á los cuarenta años, pero se notaban en él una amargura y un cansancio profundos. Sus cabellos blanqueaban ya hácia las sienas, y una cicatriz que cruzaba su frente de derecha á izquierda, daba más carácter de fatiga á aquel rostro, ante todo altivo y viril. Una pequeña cinta encarnada asomaba en un ojal de su levita azul, y llevaba unos guantes de piel de gamo, de inmaculada blancura.

—¡Vamos—se dijo Fouché—no tengo que habérmelas con un cualquiera!

Aquellos dos hombres, colocados así, frente á frente, formaban perfecto contraste. Fouché, que habia cumplido cuarenta y tres años, pero que estaba ya encorvado, con la tez casi livida, los cabellos pegados á la frente, los labios delgados, las mejillas hundidas, el cuerpo anguloso y el rostro huesudo, fijaba en las grandes pupilas negras del comandante, sus ojillos de un azul pálido, investigadores, frios, ojos de cristal, en fin.

Envuelto en su levita gris, con los pies calzados con esos gruesos zapatos atados con cordones que Roland paseaba catorce años antes por las alfombras de las Tullerías, y que hacia la

desesperacion del maestro de ceremonias, el hombre que asumía en aquel momento toda la responsabilidad de los dos ministerios más importantes del imperio, no tenia el aspecto más imponente.

El comandante Riviere conocia demasiado de reputacion á José Fouché para dejarse engañar por su aspecto inofensivo. Que fuese ó no un buen hombre aquel jacobino convertido en gran duque, no vacilaría en herirle de muerte si lo exigiese el interés del emperador.

El militar quiso únicamente hacerle comprender que un hombre de corazón nada teme.

Miró á Fouché cara á cara y ante todo hubo un duelo de pupilas. Las miradas del comandante trataban de leer en los ojos del duque de Otranto.

Fouché permanecía impassible y, solo por táctica, bajó los párpados, pues para vencer mejor no le importaba el parecer vencido.

Recogióse un momento, dió una nueva ojeada á los papeles colocados á su derecha y dijo al comandante con acento seco y cortés á un tiempo.

—Sentaos, os lo ruego.

El comandante se inclinó ligeramente y cogió la silla que le trajo un agente.

—Podeis retiraros—dijo Fouché dirigiéndose á los hombres que acababan de acompañar al comandante Riviere.—Permaneced en la antecámara. Si os necesito, ya os llamaré.

—Ahora—añadió el ministro señalando al oficial la puerta cerrada;—¡estamos solos, coman-

dantel ¡Espero, que me agradeceréis que conserve cierta discrecion en vuestro interrogatorio!

El comandante dejó asomar en sus labios una sonrisa y con voz clara, viril y bien timbrada:

—Muchas gracias—repuso con tono bastante indiferente.

Pasado un momento de silencio, el ministro de policía que hojeaba los papeles colocados delante, dijo al comandante:

—Supongo que no tendré que deciros por qué os han arrestado.

—En efecto—repuso Riviere—lo presumo.

—Eso es un modo de confesar que habeis conspirado.

—Yo no confieso nada—dijo el comandante en tono breve.

—Bueno. Voy á proceder entonces á un interrogatorio en debida forma. Ya veis que no están presentes ni el secretario, ni el escribano, y os repito, que dentro de poco me agradeceréis el haber hecho de esta formalidad una simple entrevista particular.

En las palabras de Fouché, habia una entonacion lijeramente irónica que llamó la atencion del comandante Riviere, sin causarle, no obstante, gran inquietud, puesto que su rostro nada demostró.

—Comandante—prosiguió Fouché, mirando sucesivamente las notas que tenia en la mano y el rostro de Riviere—teneis treinta y ocho años; nacisteis en mil setecientos sesenta y ocho, sois hijo de un comerciante de paños parisien y fuís-

teis voluntario en mil setecientos noventa y uno; en el primer batallon que servisteis, entablásteis íntima amistad con el general Malet; salisteis de Paris como simple soldado al mismo tiempo que él salió de Dole, el veintinueve de marzo y combatisteis con él en el ejército del Rhin.

Una grave herida que recibisteis en Nothweiler—herida de la que habeis conservado la cicatriz—os condenó durante largo tiempo á dolorosa convalecencia. Entonces érais teniente. Luego os encuentro de nuevo con el mismo grado y siempre al lado del general Malet en el ejército del Rhin y de la Moselle, continuando vuestros buenos servicios bajo las órdenes de Pichegru. Sois un buen soldado.

El consulado os hizo comandante, y el imperio os hubiese hecho ya, sin duda alguna, coronel ó quizás general de brigada; pero habeis preferido estar reñido con el nuevo régimen, ó, peor aún, combatirle. Ya estuvisteis comprometido, sin que entonces, lo confieso, nada estableciese vuestra culpabilidad; pero hace un año, á causa de una nota muy desfavorable, tuvisteis que abandonar el ejército de Italia y quedásteis de reemplazo.

El comandante Riviere subrayaba con un gesto afirmativo, casi imperceptible, cada frase del duque de Otranto.

—Hace un año—continuó el ministro—que el emperador, que podia enviaros al fondo de una provincia, en el Perigord ó el Jura, obligándoos á permanecer allí, como lo ha hecho con más de